

Lo estético es político: narrativas de resistencia de mujeres afrovenezolanas

Bárbara Tineo Toro

barbaratineotoro@gmail.com

Especialista en DDH, Género y Protección. Consultora de ONG y movimientos de Mujeres. Maestrante en Estudios de la Mujer. Actualmente Coordinadora de UNFPA Venezuela.

ORCID: 0009-0006-5726-6880

Resumen

Este ensayo examina la estética afrovenezolana como una forma de cimarronaje contemporáneo ante el racismo estructural, el mito de la democracia racial y el ideal de belleza blanca. A través de las experiencias de seis mujeres, se analiza cómo el cabello natural, las trenzas, los turbantes y otros elementos estéticos funcionan como herramientas políticas para desafiar la violencia estética y los cánones eurocéntricos. Se argumenta que estas prácticas no son solo una elección superficial, sino mecanismos de sanación y soberanía que permiten habitar el cuerpo desde la identidad ancestral. Propone la reapropiación de la imagen propia como una estrategia colectiva para descolonizar el imaginario nacional y construir nuevas pedagogías de libertad.

PALABRAS CLAVE: afrofeminismo, cimarronaje estético, violencia simbólica, identidad afro

Abstract

This work addresses Afro-Venezuelan aesthetics as a form of contemporary cimarronaje and resistance to structural racism, the myth of racial democracy, and the ideal of white beauty. Through the experiences of six women, it analyzes how natural hair, braids, turbans, and other aesthetic elements function as political tools to challenge aesthetic violence and Eurocentric canons. The text argues that these practices are not just a superficial choice, but mechanisms of healing and sovereignty that allow one to inhabit the body from an ancestral identity. Finally, it proposes the reappropriation of one's own image as a collective strategy to decolonize the national imaginary and construct new pedagogies of freedom.

KEYWORDS: Afrofeminism, aesthetic cimarronaje, symbolic violence, Afro identity

La estética corporal como espacio de resistencia

*...Sin el cuerpo circunspecto
Artificios de pantalla
Mi lengua es una metralla
Conectada al intelecto
Mi cuerpo no es un proyecto
Tampoco camino erguida
Pero no vivo jodida
Me sustenta lo que creo
Soy feliz cuando me veo
Yo soy a tu medida*
Eva Daza

68|

Cuando una niña negra o afro va creciendo -esta niña negra- inicia un proceso de negación de sí. Los modelos hegemónicos de belleza que nos ha dejado la herencia colonial especialmente en el sur global, determinan un camino tortuoso de expectativas, desilusiones, rabia y dolor por no sentirnos nunca lo suficientemente bellas, lo suficientemente blancas.

Históricamente, el cuerpo de la mujer negra, afrodescendiente y racializada ha sido un territorio en disputa, atravesado por narrativas de hipersexualización, servidumbre y blanqueamiento. En Venezuela, bajo el mito de la “democracia racial” y el mestizaje armonioso, se ha invisibilizado el racismo estructural que castiga lo que se aleja del canon eurocéntrico. En este contexto, el cabello, la vestimenta y los adornos (prendas, bisuterías, etc) no son meras elecciones superficiales; son, por el contrario, trincheras de una lucha política contundente.

Este ensayo nace de una urgencia personal y colectiva: la necesidad de nombrar la estética afro no como un accesorio, o una moda, sino como una forma de cimarronaje contemporáneo (Lebrón Ortíz, 2020). El término cimarronaje, que históricamente remite a la huida de las personas esclavizadas hacia la libertad en los cumbes, se actualiza hoy en la soberanía de llevar el cabello natural, en el uso de trenzas que narran caminos y en la adopción de prendas que desafían la estética colonial siempre gris, plana y acultural. Para mí, como mujer afrovenezolana, este proceso ha sido un tránsito vital: desde una adolescencia marcada donde inició la rebeldía por no ceder a la presión del desriz impuesto, hasta una madurez donde el uso de mi imagen se ha

convertido en una reafirmación consciente de mi identidad y mi ancestralidad.

Sin embargo, este no es un camino solitario. Para profundizar en esta dimensión política de la estética, este trabajo analiza las experiencias de seis mujeres afrovenezolanas cuyas voces revelan cómo el acto de “adornarse” implicar encontrar un equilibrio y como esto activa memorias ancestrales y desafía espacios de poder en lo laboral, lo académico y lo familiar. A través de sus testimonios, exploraremos cómo la estética permite sobrevivir a la violencia del “pelo malo” y cómo, en ese gesto de mirarse al espejo y reconocerse negra, se produce un acto de sanación que trasciende lo individual para convertirse en un fenómeno de resistencia colectiva.

Es un ejercicio de autoetnografía que apenas inicia, y que busca mirar y sentir un proceso de años que hoy estas seis mujeres de diferentes edades, estados del país decidimos poner en común.

El objetivo de estas páginas es demostrar que, al habitar nuestra estética con orgullo, las mujeres afrovenezolanas no solo estamos reclamando nuestra imagen, sino que estamos construyendo nuevas pedagogías de libertad y descolonizando, rizo a rizo, el imaginario de nuestra nación.

No somos las únicas

| 69

Este tema tiene un vasto acercamiento teórico y filosófico desde distintas escritoras y activistas afro, tanto en EEUU como en Latinoamérica. Angela Davis (2016) aborda la imposición de los estándares de belleza y feminidad desde una perspectiva histórica, económica y de clase. Para Davis, el ideal de feminidad del siglo XIX caracterizado por la delicadeza, la fragilidad y el hogar como esfera de lo femenino es un subproducto de la industrialización que solo aplicaba a las mujeres blancas de clase media y alta; mientras que para las mujeres negras esclavizadas, este modelo era una “anomalía” porque el sistema las explotaba como fuerza de trabajo productiva y como si no tuvieran género. Vista desde allí, la belleza como una traducción de ese ideal de feminidad es algo de las mujeres blancas, imposible de obtener para las mujeres negras que no serán nunca frágiles y delicadas porque estarán signadas a trabajar y producir.

Por su parte, Franz Fanon en su obra “Piel negra, máscaras blancas” (1982), reflexiona sobre cómo la imposición de los estándares de belleza blanca sobre las mujeres negras es una forma de alienación colonial que busca deshumanizar a las personas negras. Fanon analiza este fenómeno no como una cuestión puramente estética, sino como una estructura psicológica y social derivada del colonialismo. El autor, afirma que la sociedad colonial estableció un sistema donde ser blanco equivale a poseer la virtud, la inteligencia y la belleza. Por el contrario, la negritud es asociada con lo feo, lo

instintivo y lo inferior. Esta jerarquía obliga a las mujeres negras a vivir en un conflicto constante con su propia imagen, ya que para ser considerada “bella” o “humana”, siente que debe aproximarse a lo blanco. Fanon, destaca particularmente como para las personas negras tener una pareja blanca es ser reconocida y validada como persona, en su belleza, inteligencia y en su posibilidad de vivir con dignidad. Esa estrategia de blanqueamiento, se acompaña con la búsqueda de ancestros blancos que permiten sentirnos menos negras.

Esta necesidad de ser cada vez menos negras -menos indígenas, menos racializadas- es lo que la ideología del mestizaje ha impuesto en el imaginario de las mujeres afrovenezolanas. En palabras de Wade (2013) la ideología del mestizaje es profundamente racista y jerárquica, ya que se plantea a la blanquitud como el punto de referencia, el ejemplo a seguir. Desde allí lo que el autor llama “medidas de valor blancocéntricas”: desarrollo, conocimiento, belleza; tienen más valor, mientras más blanca sean o parezcan. La mujer, desde una mirada esencialista que la valora desde su función reproductora, ha sido especialmente influenciada por esta ideología del mestizaje, pues sus hijos e hijas -con un blanco- son la oportunidad de “mejorar la raza”. Pero para eso, ella tiene que ser bella, desde la perspectiva hegemónica blanca.

70|

Ochy Curiel, aborda en sus distintas obras, como el poder colonial ha hecho que “lo negro” sea algo desvalorizado, por lo que es vital que las mujeres negras asuman su identidad -sin esencialismos- como una estrategia política (2002). Curiel (2007) señala que el cuerpo de las mujeres negras no es solo un hecho biológico sino que ha sido un territorio donde se inscribe la opresión colonial, por lo que la forma en la que habitamos -o rehabitamos- el cuerpo es un acto de soberanía y de resistencia política; y que la representación y la auto-representación (cómo nos mostramos al mundo) son formas de activismo que cuestionan los cimientos de la modernidad occidental (2021).

Las autoras latinoamericanas Moreno y Amador (2021) hacen una revisión exhaustiva de cómo la belleza -como ideal- es un mecanismo de dominación patriarcal y racial; que se basa en un sistema de creencias, que desde los prejuicios y estereotipos jerarquizan a las mujeres poniendo como tótem la imagen de cuerpo esbelto, cabello rubio y piel blanca, fortaleciendo la ideología del mestizaje y la matriz de opresiones que nos señala Ángela Davis (2016).

Estas autoras consideran que la permanencia del orden social colonial incluso en la actualidad, ha generado que la exclusión histórica y social sobre los cuerpos racializados haya perpetuado imaginarios y estereotipos colectivos en torno a la construcción del cuerpo y la persona que es situada desde allí” (p.70) En otras palabras, el orden colonial que aún nos regula, instauró imaginarios colectivos sobre la belleza y la

no-posibilidad-de ser-bella de las mujeres negras y racializadas y esos imaginarios nos clasifican, como en la colonia y en los inicios de las repúblicas se nos clasificaba en base a la raza.

Desde allí son muchas las prácticas que se instauraron en el seno de las familias y comunidades negras para sortear esa clasificación jerárquica que nos pone a las mujeres negras de últimas en la escala de la belleza. De esa forma, alisarse el cabello desde tempranas edades, ponerse pelucas, masajear las narices -e incluso ponerse ganchos para perfilarlas-, usar moldeadores de cintura, cremas clarificantes, lentes de contacto para cambiar el color de ojos a azul, verde o miel, pintar el cabello para simular visos rubios, técnicas de maquillaje que simulan narices perfiladas, o caras menos redondas, etc. han sido mecanismos de blanqueamiento estético que las mujeres negras hemos usado por muchísimo tiempo.

En su ensayo “Alisando nuestro pelo”, Bell Hooks (2024) describe el alisado del cabello como una internalización del racismo que busca asemejarse a la blancura para ser aceptada. La autora examina la antigua práctica del peine caliente como símbolo de esa opresión. En ese trabajo, hooks argumenta que la cultura dominante desvaloriza los rasgos físicos negros (piel oscura, cabello rizado), convirtiendo la autoaceptación en un acto radical de resistencia; y aborda la necesidad de sanación psicológica y corporal, promoviendo el cuidado propio como una forma de combatir la deshumanización y las heridas que el racismo ha dejado en nosotras.

| 71

Esther Pineda, por su parte (2020) ha trabajado sobre la categoría de violencia estética para referirse al conjunto de presiones sociales, narrativas y prácticas que obligan a las mujeres a cumplir con un canon de belleza inalcanzable, castigando física y emocionalmente a quienes no se ajustan a él. Implica discriminación por edad, peso o rasgos físicos, promoviendo el consumo de productos y cirugía. Las mujeres negras y racializadas somos quienes más la sufrimos, porque somos las que estamos más lejos de ese ideal blanco y eurocéntrico de belleza extendido globalmente.

Los medios de comunicación y toda la industria cultural contribuyen en gran medida a ello. La autora señala cómo los medios y los concursos de belleza (específicamente el Miss Venezuela) funcionan como dispositivos de control que imponen la delgadez y la blanquitud como únicos valores de éxito para las mujeres.

En Venezuela, el “país de las misses”, la violencia estética se ejerce en formas extremas: mujeres que se someten a peligrosos tratamientos estéticos para modificar desde la cosmética no segura y la cirugía su cuerpo, siempre buscando verse más bellas, más blancas.

Vemos como la herencia colonial que aún nos atraviesa impuso un ideal de belleza, de ser mujer que no nos incluye. Por eso, como señala Casimira Monasterios (en Perozo, 2021) no es posible que el “manto de ocultar los problemas” que resultó ser el discurso del mestizaje, nos haga olvidar que también “lo estético es político”.

Hacerse visible: El momento en que el cabello se vuelve grito.

Al hablar con estas 6 mujeres que se autorreconocen como negras, afrovenezolanas, el factor común en el inicio de ese camino hacia mostrarnos como somos, desde nuestra identidad afro/negra fue el cabello. Cinco de las 6 coincidimos en que parar la aplicación de tratamientos cosméticos para alisar el cabello, representó un antes y un después en nuestra vida.

El por qué lo hicimos es siempre una razón del espíritu, de la emoción:

“La razón viene del alma, es una sensación de libertad, de fuerza, de raíz, de origen, de identidad. Es tomar mi lugar y defenderlo desde lo que soy” (IT)

Los contextos y caminos que nos condujeron a hacerlo son variados: dejar de sentir dolor, comprensión de que el tratamiento estético nunca va a lograr el resultado esperado, conciencia étnica sobre lo que implicaba no dejar el cabello al natural.

“Tuve la necesidad de dejar de alisar mi cabello y empezar a reclamar mi autenticidad a través de mi cabello rulo, porque me molesté muchísimo cuando empecé a conocer del tema sobre la afrovenezolanidad y a saber que yo estaba jugando un papel que no me correspondía dentro de una estructura laboral. Porque era la docente típica que tenía que dar la imagen, tenía que dar la cara, pero con la presencia y el estatus de una docente, sí, llamémoslo así, blanca. Porque tenía que estar presentable y el cabello enrollado no era presentable, era despeinado, era informal y me decían que si me lo podía acomodar un poquito... Estaba en juego mi autoestima, mi autenticidad” (IB)

Solo una de nosotras no tuvo ese despertar, porque su contexto familiar posibilitó desde siempre esa aceptación de su imagen y esa libertad para decir cómo expresar su identidad; lo que sin ánimos de generalizar muestra la importancia de contar con familias y espacios comunitarios que fomenten el orgullo afro.

“Yo siempre he estado muy en contacto con o he tenido digamos que mucha conciencia del tema afro porque me crié en una familia de personas que bueno que han militado dentro de todo este tema del racismo, el endorracismo y están

muy conscientes y yo crecí estando muy consciente del tema racial. Entonces para mí cualquier cosa que yo pudiese usar relacionado a la estética afro para mí siempre fue motivo de orgullo.” (VA)

Todas coincidimos también en lo difícil que es además encontrar lugares donde traten a nuestro cabello desde la dignidad. Hasta hace ocho años aproximadamente, en Venezuela no existían o eran muy pocas las y las peluqueras que supieran trabajar con nuestro pelo al natural; mucho menos las peluquerías o centro estéticos especializados que hoy se conocen donde hay especialistas en corte afro y rizado, trenzado, tratamientos para nuestro cabello, etc.

“Yo recuerdo que yo iba a pedir un corte de cabello y me decían: bueno te lo seco y luego te lo cortamos. Y yo decía no pero es que yo quiero que sea un corte que me quede bien con el cabello con los rulos y no sabían qué hacer porque ellos no se muchas de ellas y ellos no se no estudiaban para para aprender a secar ni para aprender a cortar cabellos afro.” (VA)

Vale decir también, que el tema del cabello, no solo se trató de usar el pelo al natural, sino también de incorporar otros elementos estéticos como las trenzas, por ejemplo

| 73

“trenzarse es lo más afro que hay. Y no es para mujeres nada más. Mi cuñada hace unos trenzados espectaculares y yo le insisto en que eso es un arte, pero ella no lo valora, no comprende que puede ser hasta su ingreso de allí. En las culturas africanas el trenzado es estatus y de acuerdo a lo que una ha leído, las esclavizadas usaban el trenzado como una especie de mapa a los cumbes, los palanques. Y una sabe que eso puede ser verdad o no, pero llena de simbología al acto de trenzarse, no como una moda playera, sino como otra forma de ser nosotras (AR)

El turbante: símbolo estético de alto valor en la cultura africana. Cómo el paso al pelo natural o el uso de turbantes deja de ser un cambio de look para convertirse en un acto consciente.

“Yo recuerdo que después de cumplir 15 años simplemente decidí no desrizarme más. El dolor del secado, el ardor del desriz era un suplicio para mí. Sin embargo, no lo hice desde una conciencia de negritud, sino de comodidad. De hecho vivía con una cola, porque en mi casa donde todos somos negros, ninguna mujer sabía cómo peinar un cabello no desrizado. ¡Una locura total! Luego, ya adulta, con más conciencia étnica admiraba cómo se veían las mujeres afro con sus

turbantes, pero me daba vergüenza usarlo. Hasta que tuve una pareja que me animó a hacerlo, también negro él. Y pues chao complejo, desde allí eso es algo que me identifica en donde sea” (BT)W

La incomodidad de lo propio en los espacios donde no somos

Coincidimos todas en que estas decisiones tienen un costo social, laboral y a veces relacional para las mujeres negras. Son muchos los episodios de violencia simbólica, o como dice Pineda (2020), estética, que sufren las mujeres afrovenezolanas por usar una estética que expresa su identidad étnica. Son muchos los lugares donde antes entrábamos forzadas a punta de desríz, maquillaje y hablar bajito, donde ahora no cabemos.

Y esto pasa, porque en un mundo donde la norma es lo blanco, lo negro descoloca, incomoda. Y esa incomodidad es justamente un signo del racismo que nos atraviesa como personas, como sociedad y como país.

A partir de allí los comentarios sobre tu imagen siempre están presentes. Hay un permiso que tiene la gente blanca -o la que se siente más blanca en esa jerarquía racial que aún nos impera- de opinar sobre tu cuerpo, de tocarlo, como si para entrar en nuestra vida, en nuestro cuerpo no hubiesen límites.

74|

“Generalmente vienen dadas por el cabello. Preguntas como ¿por qué no te lo alisas? Son comentarios... Recuerdo un espacio social donde yo era la única persona en un local de dos pisos, grandísimo con gente “muy chic” y yo llevaba puesto un turbante y un pantalón estampados afros. Todo el mundo tenía la necesidad de verme, con sorpresa, como animal de circo. Entre tantos iguales, yo era la diferente. La incomodidad venía de que una negra estaba allí...invadiendo sus espacios de blanquitud” (IT)

“Yo hace poco estaba comenzando como a salir, a coquetear con un tipo. Un tipo chévere, amable y yo contenta así como que por fin llegó uno que medio se ve bueno. Pero él siempre me había visto con mi turbante. Y pues un día nos vemos y yo tenía mi cabello así, mi afrito... y el hombre me ha salido con que “ay pero si tú tienes pelo. no chica, arréglate ese pelo y no te pongas más ese turbante, eso no te queda bien, te ves como no sé...”. De inmediato dije “este no va pa'l baile” (AR)

“yo he vivido muchas veces el clásico de que entras a un sitio sobre todo si es un sitio relativamente caro, costoso que encuentras siempre la gente que te está siguiendo, está pendiente que no te vayas a robar nada cuando ven que eres como eres” (V.A.)

Pero ese no caber, también tiene una resignificación en nosotras. Se siente una fuerza al develarla, al decir -unas más sutilmente que otras- que esa incomodidad es discriminación racial disfrazada de uniforme, de normas de admisión, etc.

“Es algo maravilloso que incomoda muchísimo a todo el entorno, pero allí siento ese poder, siento esa fuerza y siento todo lo que tiene que ver con lo que no puedo decir pero sí puedo sentir. Es cuando siento esa memoria, pues esos son los vínculos que siento cuando me denomino afro, cuando me visto, me trenzo y me muestro como soy” (I.B.)

“Son comentarios que en otro tiempo me hubieran afectado, pero que en este momento solo pienso en la satisfacción que me da la libertad de haber aceptado mi cabello como tal, como es. Es un privilegio del que no gozan las mujeres blancas -esa conexión con algo más- y pensar que tengo privilegios ante ellas me da una sensación de alivio, de placer” (IT)

Hilos que conectan: La estética como portal a la raíz.

Decíamos líneas arriba, que esa estética que se inicia desde el cabello natural, rizo, afro.. de las trenzas y el turbante, se va luego extendiendo a tipos de tejidos, a diseños de origen afro en las telas, en los tatuajes, en la bisutería, al uso de determinados colores que nos alejan de esa uniformidad “neutra” que no nos representa. Se muestra con el uso de accesorios que nos hablan de elementos de la naturaleza, del mar, de nosotras y nuestras ancestras.

Esas formas que se muestran a las demás personas y que afianzan nuestra identidad hacia la otredad, también cumple una función de equilibrio interno. Todas coincidimos en que reafirmar quién eres como mujer negra, te brinda la posibilidad de sanar las heridas coloniales que te hacen sentir no-persona, no mujer, no-bella.

“Aunque mi papito y mi mamita siempre me hablaron de que lo importante es cómo se comporta una y cómo se comportan con una. Hacer la transición de mi cabello, usar turbantes, sentirme orgullosa de ser negra, afrovenezolana y afrocolombiana me dio felicidad. Es como que me paro, me veo en el espejo y me digo que bueno que yo soy yo” (AR)

Esa forma de expresarnos, de decir estoy aquí y la que está aquí es una mujer negra, nos conecta de ida y vuelta con nuestra ancestralidad desde un sentido profundamente espiritual.

“la estética afro, que hoy para mí no solo es el cabello, me hace evocar la memoria de la sabiduría de las abuelas, la hierbatera, la mujer que habla con los alimentos de la tierra. Nombrarme desde ahí me ha recordar mi poder, recordar-me que tenga la fuerza y la sapiencia de las mujeres que me precedieron” (IT)

“Es algo que se ordena dentro de mí, mi historia empieza a tener sentido cuando yo me denomino afro, cuando me denomino negra, cuando me veo al espejo y hago el reconocimiento de que soy diferente”(IB)

Trenzar lo común: La estética como tejido político.

Y aunque en varias de nosotras esto se sintió y se vivió como una elección personal, sin duda la importancia de verse reflejada en otras, de sentirse “parte de” es un elemento poderoso porque nos hace sentir acompañada en esa ocupación del espacio público que reclama nuestro lugar.

“Para mí fue una elección personal que en el tiempo se ha visto acompañada del fenómeno colectivo. Pero una decisión propia, no alisarme más, usar turbante, parecerme a lo que alguna vez me negué a ser” (IT)

76|

Y esa práctica colectiva, que sentimos es una forma de cimarronaje, de desmontar las estructuras del poder colonial que se nos impone, se llena de otros significados. Significados que van más allá de la estética y su poder, que nos abre nuevos pliegues de nuestras identidades.

“Las memorias y saberes que siento que se activan cuando elijo usar la estética afro es la memoria del encuentro, la memoria del sentido de comunidad, de lo colectivo; del compartir al mismo tiempo estos saberes desde la experiencia, de lo que cada quien vive y le hace pues sentirse también en comunidad al momento de compartirlo. Reconozco también esta memoria y este saber que permite el movimiento, el estar presente, el estar atenta en el cuidado; lo reconozco en el uso de colores vibrantes, en lo cálido, en lo que conecta con la tierra, en el tejido que permite construir redes, en eso lo reconozco”. (AR)

Reclamar la imagen para descolonizar el futuro

A lo largo de este ensayo, hemos visto que para nosotras, las mujeres afrovenezolanas, la estética no es un asunto de vanidad ni una moda pasajera; es nuestro primer territorio de libertad y resistencia. Como hemos analizado a través de los testimonios compartidos, nuestro cuerpo ha sido históricamente un espacio en disputa, marcado

por las narrativas de blanqueamiento de una Venezuela que se esconde tras el mito del mestizaje para no admitir su racismo. Por eso, habitar nuestra estética afro es, en esencia, un acto de cimarronaje contemporáneo.

Este tránsito vital que iniciamos con el cabello no es solo un cambio de imagen, es un grito de autenticidad que incomoda a la mirada colonial. Al dejar de lado el suplicio del desriz y las “máscaras blancas” para abrazar nuestro afro, rulos, trenzas y turbantes, estamos transformando la violencia estética en una reafirmación consciente de quiénes somos. Esa incomodidad que generamos en los espacios de blanquitud —donde a veces nos miran y tratan como “animales de circo”— es en realidad el eco de nuestra propia fuerza; es la prueba de que nuestra presencia ya no pide permiso para existir.

Pero este camino también es un portal hacia adentro. Vamos sanando las heridas que nos dejó el racismo, sanamos las heridas coloniales que nos hicieron sentir que no éramos bellas ni personas. La estética nos conecta con la memoria de las abuelas, con la sapiencia de la tierra y con una espiritualidad que nos devuelve el sentido de comunidad. Lo que empezó como una decisión individual frente al espejo, se convirtió en nosotras en un tejido político donde nos reconocemos en las otras, ocupando el espacio público con el orgullo de nuestra raíz.

Reclamar nuestra imagen es una forma de descolonizar el futuro. Al vestarnos, peinarnos y nombrarnos con dignidad, las mujeres afrovenezolanas estamos construyendo pedagogías de libertad y sanando nuestra historia, rizo a rizo. No somos las únicas, pero somos nosotras quienes, con el cuerpo como bandera, estamos redibujando el imaginario de nuestra nación. Para ello, falta mucho camino por andar, imaginarios que deconstruir y cabellos que trenzar.

| 77

Referencias

- Castro de Guerra, D., & Suárez, M. M. (2010). Sobre el proceso de mestizaje en Venezuela. *Interciencia: Revista de ciencia y tecnología de América*, 35(9), 654–658.
- Curiel, O. (2002). Identidades esencialistas o construcción de identidades políticas: El dilema de las feministas negras. *Otras Miradas*, 2(2), 96–113. <https://repositorio.unal.edu.co/handle/unal/75236>
- Curiel, O. (2007). Crítica poscolonial desde las prácticas políticas del feminismo anti-racista. *Nómadas*, (26), 92–101. <https://www.redalyc.org/pdf/1051/105115241010.pdf>
- Curiel, O. (2021). Arte y estética, una perspectiva decolonial. Diálogo con: Ochy Curiel [Video]. YouTube. <https://www.youtube.com/watch?v=hxNdt9fMSmA>

- Davis, A. Y. (2016). *Mujeres, raza y clase* (3.^a ed.). Akal.
- Fanon, F. (2009). *Piel negra, máscaras blancas*. Akal.
- hooks, b. (2024, 11 de enero). Alisando nuestro pelo. *Alas Tensas*. <https://alastensas.com/mundo/referentes-%E2%8E%B8bell-hooks-alisando-nuestro-pelo/>
- Lebrón Ortiz, P. (2020). Teorizando una filosofía del cimarronaje. *Tabula Rasa*, (35), 133–156. <https://doi.org/10.25058/20112742.n35.06>
- Moreno, D., & Amador, I. (2021). *El mito de la belleza y los cuerpos negros*. *Conexión*, 10(15).
- Perozo Díaz, F. (2021). Reflexionar sobre la estética es hacer política. *Conversación con Casimira Monasterio*. *Conexión*, 10(15), 153–161. <https://revistas.pucp.edu.pe/index.php/conexion/article/view/24058/22853>
- Pineda G., E. (2020). Bellas para morir: Estereotipos de género y violencia estética contra la mujer. *Prometeo*.
- Wade, P. (2013). Racismo, democracia racial, mestizaje y relaciones de sexo/género. *Tabula Rasa*, (18), 45–74. <https://doi.org/10.25058/20112742.138>
- Wolf, N. (1990). *The beauty myth*. William Morrow and Co.